Galería EL TEATRO

MISTERIO

DESHONRA Y MUERTE

DRAMA EN 4 ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EMILIO GRAELLS SOLER

Estrenado con gran éxito
en el TEATRO CIRCO BARCELONÉS, la noche del 27 de
Marzo de 1898.

MADRID
POZAS, NÚMERO 2, 2.º
1898

Biblioteca del periódico Lo Teatro Catalá

MISTERIO

Deshonra y Muerte

DRAMA EN 4 ACTOS

arreglado á la escena española

POR

Emilio Graells Soler

Estrenado con gran éxito
en el Teatro Circo Barcelonés, la noche del 27 de Marzo de 1898.

BARCELONA

TIPOGRAFIA DE PUJOL Y C.ª
CALLE DE TALLERS, NÚM. 45
1898

PERSONAJES

D.ª Blanca.	Sra. Zamora.
Magdalena.	Srta. Molgosa.
El Conde Danglars.	Sr. Graells.
El Marqués.	» Marcet.
Jacobo..	» Ferrer.
El Barón de Lanmer.	» Monner.
El Doctor..	» Viñals.
Eduardo.	» Capdevila.
El Rojo.	» Rius.
Dich.	» Roca.
Un Criado..	» N. N.

Este drama es propiedad de D. Romualdo Zubielqui. La Galería «El Teatro» de D. Florencio Fiscowich está encargada del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que dispone la ley.

Archivo Teatral
MILLA
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO PRIMERO

Salón en el castillo del Marqués, con puerta al foro. Puertas laterales en primer término, y en segundo, ventanas. Muebles de época. Al levantarse el telón, después de breve pausa sale Magdalena.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA

MAG. *(Sentándose.)* ¡Ay! Por fin estamos otra vez en el castillo. Cuán largo ha sido para mí todo el tiempo que he estado separada de mi Jacobo, por haber tenido que acompañar á mi señorita durante este dichoso viaje! Cuánto habrá sufrido él, sin tener noticias mías y sin saber donde parábamos, pues como nuestra marcha fué tan repentina... Y el conde, el novio de mi señorita, ¿qué pensaría al llegar á Francfort, donde habían quedado que se verían y no encontrarnos? Y doña Blanca desde este viaje parece otra! Antes tan alegre y ahora siempre triste, pensativa! No sabe cuanto me hace sufrir al verla en tal estado. ¡Cuánto tarda Jacobo! Todavía no he podido hablarle, pues como al llegar de nuestro viaje ha ocurrido esa desgracia de caerse el pobre mayordomo en el barranco, ha tenido que ir corriendo á la aldea inmediata en busca del médico. Pero me parece que ya po-

dría estar de vuelta. ¡Cuánta calma después de un año sin vernos! ¡También es cachaza la suya!... Alguien se aproxima... ¡Ah! el corazón no me engaña... ¡él es!

ESCENA II

MAGDALENA *y* JACOBO

JAC. ¡Magdalena!... ¡Magdalena mía!

MAG. ¡Jacobo!

JAC. Por fin estás á mi lado! Cuánto he sufrido en el año que no te he visto! Un año que ha sido un siglo para mi corazón.

MAG. ¿Te has acordado de mí?

JAC. ¿Y eres tú quien me lo pregunta? ¿Acaso la duda ha tenido entrada en tu alma? ¿Es que juzgas mi corazón por el tuyo?

MAG. ¡Me ofendes, Jacobo!

JAC. ¡Ah! Perdóname, Magdalena mía! Enjuga estas lágrimas, por Dios; que no vea yo tu llanto, porque no sabes cuan feliz me considero al poseer tu cariño. Pero he sufrido tanto en todo el tiempo que hemos estado separados, que á pesar mío casi he llegado á dudar de todo.

MAG. ¿De todo?

JAC. De todo, sí, menos de tu amor.

MAG. Jacobo mío!

JAC. Pero díme: ¿qué causa motivó vuestra marcha tan repentina de Francfort?

MAG. Solo te podré decir, que una noche el Marqués nos mandó preparar los equipajes y al día siguiente apenas lució el sol nos pusimos en camino para Baden. Yo creo que el Marqués llevaba una misión secreta, pues nos prohibió terminantemente que comunicásemos á nadie nuestra residencia, y por este motivo no pude avisarte, ni tampoco la señorita á su novio el conde Danglars.

JAC. Que lástima que doña Blanca esté enamorada de ese maldito conde! No sé por qué... pero creo que ha de ser su desgracia.

MAG. Aprensiones tuyas. ¡Ah! dime: ¿qué ha sido lo del pobre mayordomo? ¿Es grave su mal?

JAC. No lo sé, pues tan pronto he llegado con el doctor, le he dejado para venir á verte.

MAG. Oigo ruído... La señorita! Déjame.

JAC. Piensa en mí.

ESCENA III

MAGDALENA, BLANCA *luego un criado y el* CONDE

MAG. (¡Como siempre! triste y pensativa!) Señorita.

BLA. ¡Ah! ¿Eres tú?

MAG. Si deseais algo..

BLA. No; puedes retirarte.

CRI. El señor conde Danglars. *(Vase.)*

BLA. (¡El!) Que pase. Retírate, Magdalena. (¡Fuerzas, corazón mío!) *(Vase* MAGDALENA.)

CON. *(Después de saludarla.)* He vacilado en venir á ofreceros mis respetos, tanto á vos como á vuestro padre el marqués: mas vencido por el dulce recuerdo de las horas que disfrutamos juntos en grata intimidad, he venido á cumplir con un deber de galantería, y á un mismo tiempo por propia inclinación y deseo.

BLA. Os agradezco vuestra visita, y solo siento que os hayais molestado, cuando vuestra primera intención, según vuestras palabras, era no venir á este palacio. Ignoro las causas que podían inspiraros una tal resolución, pues las puertas de esta casa, creo que siempre os han sido franqueadas, y se hallan abiertas para vos.

CON. Es cierto: pero, á decir verdad, creí por un momento lo contrario, cuando al regresar á Francfort con vuestro padre, quedamos en que allí yo os seguiría, según lo convenido entre ambos, pero tuvisteis por conveniente sorprender mi buena fe, alejándoos de dicho punto sin yo saberlo. *(Movimiento de sorpresa y disgusto en* BLANCA.) Me expreso en los términos que lo he hecho, porque después de los juramentos y promesas que entre ambos mediaron, creo tener algún derecho para expresaros mi queja.

BLA. Ignoro las causas de vuestro resentimiento,

y en cuanto á los juramentos y promesas que mencionais, vos pareceis haberles dado una interpretación y un sentido, que no estuvo seguramente en mi ánimo, al pronunciarlas. Yo, es verdad que he admitido vuestros obsequios, vuestras galanterías; pero he procurado corresponder de buen modo á vuestras atenciones, y si alguna promesa teneis que reclamarme, es la que he cumplido, viniendo á pasar otra corta temporada á estas montañas.

CON. Recuerdo muy bien que la última vez que nos vimos, alentasteis mis esperanzas, y colmasteis mi dicha admitiendo el purísimo amor que os ofrecí. Vos me amábais, y en mi corazón están candentes vuestras amorosas palabras, vuestros juramentos de eterno amor y venturosa dicha. No ha sido un vago sueño cuanto por mí ha pasado; no es una vana ilusión de mis sentidos nuestros paseos por los alrededores del lago, nuestras excursiones por las inmediatas montañas, mis juramentos y los vuestros confundidos con la elevada aspiración de nuestras almas: todo esto, lo repito, no es una ilusión, un desvarío de mi mente: es una realidad tanto más dulce, cuanto es amarga la que ahora veo y toco. (BLANCA *baja la cabeza, confundida.)* ¿Es que ya no me amais? ¿Acaso mis palabras os han ofendido? No puede ser, porque mi pasión y el declararos mi amor, no pueden dar motivo á vuestro llanto. ¿Por qué llorais entonces? Acabad; decidme que vuestros juramentos, vuestras palabras de amor fueron solo ficción: decidme que nunca me habeis amado y que aquellas horas de inmensa felicidad que pasamos juntos, debo olvidarlas para siempre! No temais, no, herir mi corazón!

BLA. ¡Ah!... Ricardo!... No, no; imposible!

CON. No sé que expresión extraña leo en vuestros ojos!... No adivino ese abatimiento y esa desesperación. Cuando os ausentásteis de aquí, para pasar los meses de invierno en Francfort, pareciais feliz! Sigo vuestros pasos; lle-

go á la ciudad que vos debiais habitar una corta temporada, y no os encuentro. Pregunto y me dicen que el Marqués y su encantadora hija, habían partido para un viaje cuyo fin ignoraban. ¿Fué esto lo que me prometisteis al alejaros de aquí? Comprendo bien que no me deis la explicación de vuestra repentina marcha sin avisármelo; tal vez vos misma ignorabais las intenciones de vuestro padre momentos antes de partir. Pero lo que no comprendo, lo que para mi mente es inconcebible, es que sin una causa justificada, se haya verificado este cambio tan radical en vos! En vos que permaneceis sorda y muda á mis ruegos y súplicas que no logran conmover ese corazón que yo creía mío para siempre. Decidme á lo menos que no me amais, que vuestro padre se opone á nuestra felicidad; engañadme si quereis... pero resolved mis dudas.

BLA. Teneis derecho á que os explique la razón de mis dudas y el por qué de mi actual estado, diciéndoos porque si un tiempo os amé, hoy rechazo vuestro amor. Una palabra mía podría daros esa explicación que pedís y deseais con insistencia, pero no me es posible descubriros las causas que motivan la nueva resolución que he tomado!... Nuestro amor... es un sueño! Dad al olvido lo que yo haya podido deciros en horas felices para mí y tal vez para vos y que puedan seguir alimentando vuestras esperanzas. Yo... no puedo amaros!... No puedo perteneceros jamás!... Olvidadme! y... sed feliz con otra mujer! *(Cubriéndose el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas. El* CONDE, *profundamente conmovido y comprendiendo algo terrible, le aparta las manos del rostro y estrechándoselas con pasión, le dice.)*

CON. ¿Qué terrible secreto guarda vuestro corazón? ¿No puedo saberlo? ¿Mi nobleza y mi amor no son suficiente garantía para vos, para que depositeis una parte de vuestra confianza? Creedme, Blanca: soy hombre capaz para resignarme á una eterna infelicidad, si de ello

dependiera la tranquilidad y la alegría de vuestra alma. Creo que me amais: quiero creerlo así... porque vuestra conmoción, vuestro mismo llanto, me lo están diciendo. Vuestro pecho guarda un secreto, un terrible secreto tal vez, que os hace gemir y suspirar sin que yo pueda adivinar la causa de este misterio.

BLA. No insistais, Conde: olvidadme si podeis, y dejadme sufrir á solas los dolores que torturan y oprimen mi corazón.

CON. En tanto os vea presa de esa agitación; mientras vuestras lágrimas corran por vuestras mejillas y no me digais la causa que para ello existe, permaneceré á vuestro lado.

BLA. Nada tengo que deciros: y puesto que os empeñais en un rompimiento definitivo, os diré que no os amo, ni os amaré jamás.

CON. ¡Pero me habeis amado!

BLAN. Os equivocais: ¡Nunca os he amado!

CON. ¡Quiero creeros, y aceptar por buenas vuestras palabras! Voy á complaceros pues así lo quereis... Os perdono el daño que me habeis hecho, porque no sois vos la culpable. A pesar de todo, comprendo que en este momento finje vuestra alma y me niega un amor que me tenía concedido y que vos sentís también, Blanca, me amáis casi á pesar vuestro, y me amaréis más después que me hayais perdido. *(Se dirige á la puerta del foro, y al volverse para saludar, ve á* BLANCA *próxima á desfallecer, y entonces vuelve á su lado).*

BLAN. ¡Ay!

CON. ¡Blanca!

BLAN. ¡No, no es nada! *(Dominando su dolor y fingiendo serenidad).*

CON. Sería cruel abandonaros en este estado, cuando con mi presencia he motivado vuestras lágrimas y el disgusto que sufrís: á mí me toca remediar vuestra pena, deseando que nos separemos, si tal es vuestro deseo, sin llanto en los ojos, ni odio en el corazón.

BLAN. ¡Yo no podré odiaros jamás!

CON. Creo muy bien no podais odiar á quien os ama con locura. Pero, ¿por qué no corre

pondeis á este amor que vuestro corazón ha sentido á la par que el mio? ¡Vuestras dudas, vuestras mismas palabras, están en contradicción con los hechos; porque no comprendo que lloráseis para decirme que no me amábais! Confesad que esto es inconcebible para todos y para mi. Pero ya que os obstinais en callar, interrogaré á vuestro padre, que al pedirle vuestra mano, sabrá decirme lo sucedido durante vuestra ausencia, para que habiéndoos ausentado de aquí felíz y alegre, volvais triste y demudada.

BLAN. ¡Oh! ¡No lo hagais!

CON. ¡Pues aclaradme vos este misterio!

BLAN. ¡Imposible!... nada en el mundo me hará revelaros los sentimientos que me agitan. ¡Es cierto que os amé, que me consideraba felíz con ese amor que vos me habeis expresado tantas veces! Cuando nos conocimos, hubiera sido mi mayor felicidad la realización de vuestros deseos; pero hoy...

CON. ¡Acabad!

BLAN. Sois el único hombre que ha sabido despertar el amor en mi pecho... pero yo no puedo perteneceros... ¡no puedo ser vuestra esposa cual deseris!... ¡Agradeced esta confianza, y separémonos cual dos amigos!

CON. ¡Blanca!

BLAN. ¡No puedo deciros más!... Magdalena. *(Sale).*

CON. (Yo veré á su padre y aclararé este misterio.) *(Vase).*

ESCENA IV

BLANCA *y* MAGDALENA. *(Al desaparecer el* CONDE, *cae* BLANCA *en el sillón, deshecha en llanto).*

MAG. ¿Qué teneis, señorita? Hace algún tiempo que no disfrutais un instante de alegría: vuestro semblante siempre apenado y quejoso, me hace presentir que ocultais en vuestra alma alguna pena profunda que yo desearía saber. Al perder á vuestra madre me pusisteis á vuestro lado, y mas que como á vuestra doncella me habeis tratado como á una hermana,

y siempre me contábais vuestras alegrías, y me confiábais todos vuestros secretos; pero hace algún tiempo que vuestro semblante me revela que sufrís y vos me lo callais. ¿Qué teneis?

BLAN. No tengo nada: si tuviera algo que confiar, á nadie lo confiaría mas que á tí, pues sé cuanto me quieres. Es verdad que te oculto mis lágrimas algunas veces, pero éstas no deben asustarte, las derramo sin pesar, y son producidas por la tristeza. Puedes creerme: lloro porque siento mi corazón oprimido por una pena incomprensible; pero no porque exista causa alguna para ello, pues si existiera, tú la sabrías.

MAG. Quiero suponer que esa tristeza sea la que origine vuestro llanto: pero permitidme os diga que hace pocos meses, antes de marchar á Francfort. me decíais que érais la mujer más feliz del mundo. ¿Qué ha sucedido después, para sufrir y experimentar tal cambio? El Conde os ama: vos un tiempo le amábais también: ¿es qué hoy vuestro corazón ha mudado de afecto?

BLAN. ¡Ah! ¡No atormentes en vano tu mente; no hagas suposiciones sobre mi amor al Conde, porque he resuelto no casarme jamás!

MAG. ¿No amais ya al Conde?

BLAN. A tí te lo confesaré todo. Sí, le amo, pero yo jamás seré suya: yo no puedo pertenecerle, porque moriría de vergüenza en sus brazos si llegaba á descubrir que mi corazón no le pertenecía.

MAG. ¡Oh! ¡No os comprendo! ¿No me acabais de decir que le amais?

BLAN. Sí, le amaba... Yo misma no sé si le amo hoy... pero déjame... no hablemos más de este asunto.

MAG. Veo tanta confusión en los sentimientos que agitan vuestro corazón que no sé qué pensar, ni qué decir. No comprendo se pueda amar á un hombre y aborrecerle al mismo tiempo.

BLAN. ¡Oh, Magdalena! ¡Es por qué tú no sabes lo que por mí pasa! ¿No adivinas que si mi

amor pertenece al Conde, mi vida es de otro hombre?

MAG. ¡Cielos! ¿Qué decís?

BLAN. Oyeme. *(Después de cerrar la puerta).* Una noche me hallaba rezando sola en mi cámara de la casa que habitamos en Báden: todo en torno mío permanecía en silencio: la ventana única de mi habitación y que daba á un estrecho callejón de los arrabales de la ciudad, se hallaba abierta. En el callejón resonó un ruído de pisadas; oí voces y juramentos y el fragor de una lucha: resonó un grito; una bocanada de aire entrando por la ventana, apagó la luz de la lámpara que ardía ante mi reclinatorio; en medio de la oscuridad en que me quedé envuelta, sentí un pequeño ruído en la ventana y casi enseguida un hombre saltó en mi estancia! ¿Qué pasó por mí? Dí un grito y me desmayé!... ¡¡Ya sabes mi terrible secreto!! *(El semblante de* D.ª BLANCA *se halla con expresión tal de ferocidad, mientras con acento febril y ademán convulsivo descubre el terrible secreto, que* MAGDALENA *aterrada al oirla retrocede; pero* BLANCA *va siguiéndola sin soltarla de la mano. Ambas permanecen en una situación imposible de describir.—Las actrices harán lo que comprendan.—En este momento se abre la puerta del foro,* BLANCA *al oir el ruído, se le representa la misma situación de la escena que ha contado, y cayendo desmayada da un grito. En la puerta hay el* MARQUÉS*).*

BLAN. ¡¡Ah!! *(Cae en el sillón).*

ESCENA V

MAGDALENA, BLANCA, *el* MARQUÉS *y luego el* DOCTOR

MAR. ¡Blanca...! ¡hija mía...! ¡se muere...! ¡El Doctor pronto...! Todavía está en el castillo. ¡Hija...! ¡Hija mía...! ¡Dios mío...! ¡Yo qué venía á notificarla tan felíz nueva! ¡Ah! ¡Doctor, doctor, mirad... mi hija se muere!

Doc. ¡Calma, calma! ¡no aturdirse! Veamos. ¡Demonio!! *(Sorprendido al tomarle el pulso).*

Mar. ¿Qué?

Doc. ¡No... nada! Esto no es más que un ligero accidente. *(Disimulando).* Pronto volverá en sí: no hay que temer por ahora; pero puede volver á repetirse, y entonces...

Mar. ¡Qué! ¿peligra la vida de mi hija?

Doc. Todo lo temo si vuelve una segunda crisis. Vuestra hija es sumamente delicada, y...

Mar. ¿Pero no hay algún medio para atajar...? *(Alarmado y con temor).*

Doc. Si su naturaleza sufriese un cambio completo, me atrevo á asegurar que desaparecería todo peligro.

Mar. ¡Un cambio! ¿Y cómo?

Doc. Sería conveniente que esta joven tomase estado cuanto antes.

Mar. ¿Y creeis que con el matrimonio podrá evitarse esa crisis que decís? *(Contento).*

Doc. Respondo de ello. Vuestra hija es en extremo impresionable, y la sobreexcitación de su temperamento, puede dar lugar á dos cosas sumamente peligrosas y temibles; ¡la locura ó la muerte!

Mar. ¡Qué horror! ¡Todo antes qué perder á mi hija! Casualmente ahora acaban de pedirme su mano: si ella consiente, Dios los haga felices.

Doc. La boda lo más pronto posible. No os detengáis por nada, porque esa crisis que queremos evitar, puede presentarse en muy corto período. ¡Quién sabe si tal vez dentro de quince días, vuestra hija sufrirá las consecuencias de vuestra tardanza!

Mar. ¡Pero lo qué pedís es imposible! ¿Cómo casar á mi hija en tan corto plazo?

Doc. La locura ó la muerte: hé aquí la solución que la ciencia os da. Elegid, por lo tanto, el único camino de salvación que para vuestra hija queda. Ya vuelve: Voy al lado de vuestro mayordomo. Antes de salir del castillo, volveré á verla. *(Vase).*

ESCENA VI

BLANCA *y el* MARQUÉS

BLAN. ¡Ay!

MAR. ¡Hija mía!

BLAN. ¡Ah! ¿Sois vos, padre mío?

MAR. Sí; yo que no te he dejado un momento. ¡Me has hecho sufrir lo que no puedo explicarte! ¡Creí qué te morías! ¿Cómo estás?

BLAN. Bien.

MAR. Pues si crees que te encuentras con fuerzas para estar aquí conmigo, desearía hablarte de un asunto algo grave.

BLAN. ¡Me poneis en cuidado! ¿Qué es ello? *(Alarmada).*

MAR. ¡No te alarmes...! No es nada, nada más, que el conde Dauglars me ha pedido tu mano.

BLAN. ¡Casarme yo!

MAR. ¡Sí, hija mía! Yo ya soy viejo y el mayor consuelo que al morir puedo esperar, es verte casada con un hombre que te ame y te haga felíz. El Conde te ama, es joven, proporcionado á tu edad; su figura es arrogante y bella, y puede figurar en la corte de nuestro soberano dignamente por su nobleza y por las riquezas de que es poseedor.

BLAN. Teneis razón en todo: pero desearía que me dejárais pasar algunos años libre todavía é independiente. Aún cuando tenga edad para tomar estado, soy lo suficiente joven, para poder esperar.

MAR. El Conde me ha dicho que tú le amabas, que correspondías á su pasión, y no veo el por qué de tu espera, ni de tu repugnancia al casarte, si eso es cierto.

BLAN. Amo al Conde, es verdad: pero ¿os extrañaríais si os dijese padre mío, que mi mayor deseo, sería no casarme jamás, ni unir mi destino á ningún hombre?

MAR. ¡Pero eso qué dices es una locura! El día que yo falte ¿qué harías sola en el mundo? ¡No, hija mía, no! Desecha esos caprichos de tu mente, y piensa en el porvenir. Mi deseo es

que te cases con el Conde; no me atreveré á exigírtelo; pero creo que causarías mi muerte si te negases á ello.

BLAN. *(Abatida).* Si vos lo quereis, padre mío, estoy pronta á cumplir vuestro mandato y aceptar el hombre que me destinais para marido.

MAR. No soy yo quien te lo destina: tu corazón mismo le habia elegido ya, según tu propia confesión. Así, pues, antes de un mes te hallarás casada con el Conde.

BLAN. ¡Tan pronto!

MAR. Conviene que así sea. Este es mi deseo, al que no opondrás dificultad, si no quieres darme un verdadero pesar.

BLAN. ¡Comprendo que no queda otro remedio, sino acceder á lo que deseais...! ¡Disponedlo todo pues, para... mi casamiento!

MAR. Haces bien en tomar esa resolución, que te ofrece, sin ningún género de duda, el poder disfrutar una dilatada y venturosa felicidad.

BLAN. El tiempo lo dirá.

MAR. Te dejo por unos instantes: voy á dar las órdenes necesarias para prepararlo todo. Hasta luego, hija mía. *(Vase).*

ESCENA VII

BLANCA *y luego* MAGDALENA

BLAN. ¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas y el valor necesario para consumar el sacrificio! Si me atreviese á confiar á mi padre... ¡Ah, no, no, jamás! ¡Se moriría de vergüenza y de dolor! Que lo ignore siempre y que sea yo sola la que sufra y muera si es necesario. *(Sale* MAGDALENA *y cierra la puerta).*

MAG. ¡Me han asegurado que vuestro casamiento se halla ya concertado con el conde Dauglars!

BLAN. Sí, Magdalena, sí; ¡mi padre lo quiere! Dentro de poco tiempo seré la esposa del conde Dauglars.

MAG. ¡Pero esto es horrible!

BLAN. ¡Oh, sí, sí, muy horrible! *(Llaman en la puerta del foro.)* ¿Quién? *(Dominándose.)*

DOC. ¿Hay permiso?

MAG. Es el Doctor. *(Habriendo la puerta.)*

BLA. Adelante.

MAG. ¿Si deseais algo? *(A Blanca.)*

BLA. No; puedes retirarte. *(Magdalena se va.)* Os agradezco Doctor, vuestra visita, pero me encuentro bien, y creo que vos sereis de mi opinión.

DOC. *(Después de pulsarla.)* Efectivamente: ha desaparecido la ligera indisposición que habeis sufrido, pero existen causas que no han desaparecido del todo y que es necesario combatir, para que en lo sucesivo, no se repita una segunda crisis. Necesito conferenciar con vos unos instantes. Vuestro estado lo exije, y debo deciros que me hallo dispuesto á ser un amigo y salvaros como tal, del apurado trance en que muy pronto os vereis.

BLAN. *(Disimulando)*. ¡No sé qué quereis decirme!

DOC. *(Mirándola fijamente)*. ¿No me entendeis realmente?

BLAN. Si no os explicais con más claridad. no.

DOC. ¡La ciencia no se engaña! Si rechazais al amigo, tal vez dentro de poco y cuando ya no haya remedio, llamareis al que ejerce la ciencia de curar.

BLAN. Repito que no os entiendo.

DOC. No dudareis que soy amigo vuestro y así me explicaré con franqueza. ¿Conoceis bien vuestra situación?

BLAN. ¿Yo...?

DOC. Vuestro estado es peligroso, y vuestra situación puede llegar á ser muy crítica. *(*BLANCA *se cubre el rostro y llorando amargamente dice).*

BLAN. ¡Ah, Doctor! ¡Vos no sabeis cuán desgraciada soy!

DOC. Lo comprendo; pero debeis tener confianza en mí, y tal vez el mal no sea tan irreparable como pensais.

BLAN. ¡Ah, no! ¡Para mí no hay esperanza!

DOC. Casándoos con el conde Dauglars...

BLAN. ¿Creeis acaso que el Conde...?

DOC. *(Turbado)*. ¡Dispensadme! pero yo creía que el Conde cumplía un deber sagrado al unirse á vos.

BLAN. El Conde nada sabe.

DOC. ¡Ah...! Siendo así, la cuestión varía de aspecto. ¡Yo le culpaba, pues nadie en el país ignora vuestras relaciones con él...! ¡Pero hay tantos misterios, y se ocultan tantos secretos en el corazón de la mujer...!

BLAN. *(Con desesperación).* ¡En mi corazón no se oculta secreto alguno! ¡Sólo una indigna violencia es el causante de mi desgracia!

DOC. ¿De modo que durante vuestra ausencia han ocurrido todos los hechos?

BLAN. ¡Sí!

DOC. ¿Y esos hechos, son hijos tal vez de algún amor contrariado por vuestro padre?

BLAN. Os contestaré diciendo que yo no he amado jamás á otro hombre que al conde Dauglars.

DOC. ¡Raro misterio!

BLAN. ¡No lo sabeis bien!

DOC. ¿Y sabeis quién es el causante de vuestra... desgracia?

BLAN. No, Doctor, no.

DOC. ¿Y pensais casaros con el Conde?

BLAN. ¡Es mi padre quién me obliga á hacerlo!

DOC. ¡Culpadme á mí de ello, pues que equivocándome en las causas que os afligen, le hice temer por vuestra vida, si no se efectuaba vuestro enlace lo antes posible!

BLAN. ¿De modo qué á vos debo la insistencia de mi padre, al querer que me una al Conde en un plazo sumamente corto?

DOC. ¡Yo ignoraba lo que ahora sé: mi deseo era noble y honrado y encaminado á un buen fin! Pero me hallo dispuesto á remediar si es posible, el daño hecho, del modo que querais.

BLAN. No; dejad que los sucesos se precipiten, aún cuando para ello me hunda en el abismo, que veo abierto á mis pies. *(Con desesperación).*

DOC. ¿Pero no reflexionais...?

BLAN. No reflexiono nada, y nada quiero hacer para torcer la inquebrantable voluntad de mi padre. Antes de un mes seré la esposa del conde Dauglars. *(El* DOCTOR *se encoge de hombros, saluda, y al retirarse cae el telón).*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de un castillo. En el centro del foro, una gran puerta ó cortinaje que cubre la alcoba donde hay un requísimo lecho. A los lados del foro, largos corredores. En primer término, puerta izquierda, en segundo, ventana y en tercero, puerta secreta. A la derecha, dos puertas y ventana, sillones, mesa, recado de escribir, etc. Es de noche.

—

ESCENA PRIMERA

BLANCA *y* CONDE

CON. ¡Ah! por fin ha llegado el venturoso día soñado por mi amor. ¡Dentro de poco serás mía!... ¡Mía para siempre!... ¡Ah!... ¡cuán feliz soy, vida mía!... Tú también lo eres ¿no es verdad? porque tu corazón siente cual siente el mío y creo que el porvenir nos reserva á ambos, días prolongados de ventura. Y á pesar de todo, ¿creerás que algunas veces sufro con accesos de tristeza, una cosa parecida á amargos presentimientos, cuando pienso en la dicha que el porvenir me reserva á tu lado?

BLA. Esos presentimientos también los sufre mi corazón.

CON. ¿También tú temes por nuestra futura dicha?

BLA. Hubiera querido que nuestro enlace no fuera tan prematuro. He disfrutado tan cortos instantes, que á pesar mío quisiera que el actual estado durara siempre. Tengo un padre que me ama, un hombre que me quiere y soy feliz con esos dos amores que bastan para mi completa dicha. ¿Para qué desear más?

CON. Yo si: ambiciono el complemento de la dicha que hoy disfruto: deseo que seas mía, para poder á todas horas, arrodillado á tus pies, beber el amor en tus miradas. Cuando sueño en esas horas de ventura, me parece imposible puedan llegar, á pesar de que dentro breves instantes han de realizarse.

BLA. Solo siento que mi padre no quiera permanecer á nuestro lado.

CON. Tu padre, sabes bien que no quiere abandonar su palacio, y yo, por razones que ya te he dicho, no puedo abandonar mi castillo. Pero no temas, para cumplir con la tradición que existe en mi familia, bastará vivamos aquí una corta temporada.

BLA. ¿Y á qué se refiere esta tradición?

CON. Dicen los antiguos servidores, que siempre que en mi familia se prepara un grande acontecimiento, se ve vagar por los alrededores del castillo una sombra, y que algunas veces se ha presentado á mis antecesores, y particularmente cuando estos querían celebrar sus bodas lejos de aquí.

BLA. ¿Pero tu crees en esta tradición?

CON. No sé qué decirte; pero existen ejemplos y casos en mis antepasados, que han venido justificándola. Mi padre mismo tres veces quiso enlazarse con la que después fué mi madre y sucesos imprevistos impidieron que la boda se realizase, hasta que esta se efectuó en la capilla del castillo.

BLA. ¡Extraña coincidencia!

CON. Sea cierta ó no la tradición, no quiero oponerme á ella, pues yo deseo ardientemente que seas mía. Pero te estoy entreteniendo y aún falta ponerte algunos adornos. Te dejo para que concluyas tu tocado. Adios, Blanca mía. Pronto vendremos por tí, para que me hagas el hombre más feliz del mundo.

ESCENA II

BLANCA *y* MAGDALENA

BLA. ¡No hay remedio! El instante fatal llegó.

MAG. (¡Siempre así! ¡Pobre señorita!) Señora.

BLA. ¡Ah! ¿Eres tú?

MAG. Venía para ayudaros.

BLA. ¡Bien!

MAG. ¡Siempre sufriendo!

BLA. ¡Si, mi situación es terrible! Pensar que dentro pocos momentos, el Conde arrojándome de sus brazos, puede cubrir mi frente de infamia y deshonra!

MAG. Si el Conde os arrojara lejos de sí, vuestro padre siempre os acogería á su lado.

BLA. ¡Valiera más no haber nacido!

MAG. Tranquilizaos.

BLA. ¡Tranquilizarme!... Tú no sabes las noches de insomnio, las horas de desesperación y angustia, delirio y locura, que vengo sufriendo desde aquel aciago día. Y para completar mi desdicha, mi padre, que lo ignora todo, no vacila en arrojarme en los brazos de un hombre, ante cuya mirada tendré que bajar mi frente. Yo amo al Conde, si, le amo; pero mi vista retrocede ante el abismo que miro abierto á mis pies.

MAG. Si hubiese un medio...

BLA. ¡Es inútil, no hay medio alguno!... Solo queda el hacer pública mi deshonra.

MAG. Si refiriéseis al Conde vuestra desgracia, tal vez...

BLA. No prosigas, ya es tarde para ello. Solo conseguiría producir un escándalo sin resultado alguno para mí. *(Se oyen golpes en la puerta del foro.)*

MAR. *(Dentro.)* ¿Estás ya, hija mía?

BLA. ¡Ya lo ves!... ¡El destino lo quiere! Abre.

ESCENA III

BLANCA, MAGDALENA, MARQUÉS, CONDE, BARÓN *y Convidados.*

MAR. Hija mía, ha llegado el feliz momento.

BLA. ¡Ah! ¡Padre mío! *(Arrojándose en sus brazos)*

BAR. ¡Con mil diablos!... No me extraño que hayas perdido la partida. Con tan soberana belleza, se puede á todas horas desertar de nuestras

filas. ¡Ah, bribón!... ¿Cómo has sabido hallar tan rico tesoro?

CON. Deseo consideres como amigo, al que lo es mío, el barón de Lanmer, á quien, á pesar de su bullicioso carácter, quiero y aprecio.

BLA. Si el barón de Lanmer ha merecido tu aprecio y amistad, sabe que puede contar también con la mía.

BAR. Y yo, en cambio, os ofrezco ser un constante admirador de vuestras gracias y virtudes.

MAR. Hija mía, el sacerdote espera.

BLA. Vamos pues. (¡Dios mío, acepta mi sacrificio!) *(Vanse todos.)*

ESCENA IV

MAGDALENA, *y luego* JACOBO.

MAG. ¡Pobre doña Blanca! Pero también ha sido mucha terquedad la suya. ¿No le ofreció el doctor sus servicios, jurándola que nadie sabría nada! Pues ella no, y siempre no, diciendo que esto sería cometer un crímen y que siendo como era inocente de toda culpa, Dios velaría por ella. ¡Ah! ¿quién!... ¡Un hombre!... ¡Socor...!

JAC. No grites. Soy yo.

MAG. ¡Jacobo! ¿Qué buscas aquí? ¿Cómo has penetrado en esta estancia?

JAC. Sé una comunicación secreta que conduce á esta cámara.

MAG. ¿Qué? ¿tú conoces?...

JAC. Si. Se todos los secretos de este castillo.

MAG. ¿Y á qué has venido ahora?

JAC. He temido por doña Blanca y he creído que podría necesitar de mis auxilios.

MAG. Pero ¿qué te propones?

JAC. ¿No lo adivinas?

MAG. No.

JAC. Pues me propongo, si es necesario, arrancar á doña Blanca de las garras del vengativo Conde.

MAG. ¿Y cómo?

JAC. Con sagacidad.

MAG. Lo veo muy difícil.

JAC. Emplearé la violencia si es preciso.

MAG. ¿Necesitarás mi pobre ayuda?

JAC. Con ella cuento.

MAG. Pues cuenta con mis débiles esfuerzos hasta el último momento.

JAC. Gracias, Magdalena.

MAG. Dispuesta estoy á sacrificar mi vida por mi infeliz señorita.

JOC. ¿La compadeces?

MAG. Y la quiero, como nadie puede quererla.

JAC. Más que yo, no.

MAG. ¿Cómo? ¿tú...?

JAC. Si, yo, Magdalena, yo! Porque tú no sabes que por ella daría mi sangre, gota á gota; porque esa niña infeliz, esa desgraciada, que hoy han ceñido á su frente en vez de una corona de flores, una corona de espinas, me salvó la vida... á mi... al hijo del pueblo, al cazador furtivo, al vagamundo, como me llaman por ahí.

MAG. ¡La vida! ¿Cuándo?

JAC. Hace algunos años; cazando, me metí en la propiedad de ese maldito Conde: al disparar mi escopeta y al recojer la res que había muerto, me ví cercado por los viles servidores del orgulloso Conde que me condujeron á su presencia, y el con feroz sonrisa, por castigo á mi enorme crímen me mandó colgar de un árbol. Ya tenía la cuerda atada á mi garganta y me iban á lanzar al espacio, cuando acertó á pasar tu bella señorita, que con lágrimas en los ojos intercedió por mi y alcanzó mi perdón. El inícuo Conde mandó desatarme y cruzándome la cara con su látigo me echó de su presencia. ¡Desde aquel día, juré una venganza cruel, terrible! Para ella, para doña Blanca mi alma, vida, toda la sangre de mis venas; para el cobarde Conde, toda la hiel que hace tantos años rebosa de mi corazón.

MAG. ¡Me asustas, Jacobo!

JAC. Perdona, bien mío, mi sangre se inflama cuando recuerdo aquel maldito día.

MAG. ¡Creo que se acercan!... ¡Si: son ellos!... Que no te vean aquí.

JAC. Adios y confianza en mi.

MAG. Ya están aquí, si te ven... ¡Gran Dios!... ¡No está!

ESCENA V

MAGDALENA, BLANCA, MARQUÉS, CONDE, BARÓN *y Convidados.*

MAR. Hija mía, ya están satisfechos mis deseos: sé feliz, quiere mucho á tu marido y guarda un poco de cariño para este pobre viejo. Y ahora hijos míos, adios.

BLA. ¿Ya os vais? ¡Tan pronto!

MAR. Me hallo impaciente, porque deseo estar en mi castillo. Parece que el cielo amenaza tempestad y no quisiera me encontrase por el camino.

CON. Daré la orden para que algunos criados os acompañen. Tú barón, si prefieres quedarte aquí.

BAR. No, chico, no; no quiero pasar un mal rato, es decir, una mala noche. Además, debo acompañar á tu caduco suegro.

CON. Ya sabes que este castillo...

BAR. Gracias. ¡Ah! ¡qué feliz eres picarón! ¡Te envidio, chico, te envidio!... ¡quien se encontrara en tu lugar!

CON. ¡Siempre el mismo!... Cuando gusteis.

MAR. Vamos. Adios, hija mía.

ESCENA VI

BLANCA, MAGDALENA *y luego el* CONDE.

BLA. ¡Todos se van!... ¡Pronto á solas con él!...

MAG. ¡Señora!

BLA. ¿Quién? ¡Ah, eres tú? ¡También tú te irás!

MAG. ¿Y por qué? No temais; yo permaneceré á vuestro lado todo el tiempo, que el Conde, vuestro marido lo permita. ¿Si vos le pedís?...

BLA. Olvidas que el ascendiente mío sobre el Conde, antes de nacer habrá espirado.

MAG. Si pudierais retardar el momento de descubriros á vuestro marido, tal vez ganando

tiempo, hallaríamos medio de conjurar la tormenta que temeis.

BLA. ¡Oh, antes habré muerto de vergüenza! Solo siento el dolor que ha de sufrir mi padre, cuando se haga pública su deshonra y la mía.

MAG. No temais; el conde callará.

BLA. Y aún cuando así sea; ¿no valiera más que jamás hubiera llegado para mi este amargo trance?

MAG. ¡Sois bien desgraciada! El Conde. *(Mutis.)*

ESCENA VII

BLANCA *y* CONDE

CON. ¡Blanca... adorada mía! ¿Por qué ese estremecimiento de repulsivo desdén, cuando tan inmensa es mi dicha? ¿Pero qué tienes? ¿Por qué no respondes? ¿Qué significa ese llanto que veo correr por tus mejillas? ¿Es la expresión del placer, de la dicha que tu corazón experimenta á la par del mío? *(Pausa.)* ¿Me amas?

BLA. ¡Oh, sí!

CON. ¡Ah!... ¡No, tu no me amas! Esa insensibilidad, esas lágrimas tuyas, son la expresión del dolor, del arrepentimiento tal vez, que en este instante destroza tu corazón y aniquila mis esperanzas. Pero no; ¡perdóname Blanca mía!... no puede caber en tí duda ni arrepentimiento, sabiendo cuan grande, cuan inmenso es mi amor y mi adoración hacia tí. ¿No es verdad que me amas? ¿No es verdad que eres mía, mía para siempre y que no habrá poder humano que logre arrancar de mis amantes brazos? ¡Qué hermosa!... ¡qué hermosa eres, alma mía! ¡Mírame, como yo te miro, con esa mirada que me enloquece; deja que aspire tu aliento, que beba el amor en tus dulcísimos lábios!...

CON. }
BLA. } ¡¡Ah!! *(Pausa.)*

CON. ¡Malhadada fué la hora en que ambos nos conocimos!... ¿Qué maléfico influjo te hizo fijar en mi tus miradas? ¡Yo he soñado, era un

delirio pensar que tanta pasión y tanta dicha fueran en la tierra una verdad! Yo aspiraba para tí, dichas sin límites, una dulce embriaguez me enloquecía, y al pensar tan solamente en la realización de este instante, mi sangre toda se revolucionaba en mis venas y mi frente ardía. Yo no podía concebir tanta ventura: mi poderoso amor por ti sentido, hubiera desgajado las montañas, mi mano poderosa, fuerte y potente, hubiera realizado lo imposible!... ¡Solo por tí! ¡Solo por tu mirada!... ¡Solo por una sonrisa tuya!

BLA. ¡Ay!... ¡no puedo más!...

CON. ¡Blanca!... ¡Blanca mía, perdóname! .. No quiero que digas que en noche semejante, me he mostrado contigo duro y feroz. Yo que he suspirado tanto por este instante; yo á quien una poderosa pasión me hace rogar, suplicar y gemir en demanda de un amor que tu no sientes, podría devolverte con usura los mil dolores, que por tu causa sufro. Pero no quiero culparte, dime tan solo una vez que me amas, y yo me alejaré de aquí, abandonaré esta cámara, feliz y resignado, para volver á ella, solo cuando tu amor me llame.

BLA. ¡Ricardo!... ¡Me estás matando con tus palabras! ¡Me siento desfallecer!

CON. Reposa, bien mío. Retírate á descansar: en tanto yo me iré hasta que luzca el día, á la vecina estancia.

BLA. ¡Oh, no me dejes!

CON. ¿Quiéres qué permanezca á tu lado?

BLA. ¡Si., me infunde miedo esta horrible noche!

CON. ¿Y nada más que por esa causa quieres que permanezca aquí? ¡Eres muy insensible, Blanca!

BLA. ¡Ricardo, tu no sabes cuanto sufro!

CON. ¿Y por qué sufres, bien mío? ¿Es qué dudas de mi amor?

BLA. No, Ricardo, no dudo, pero...

CON. ¿Me amas tu?

BLA. ¡Oh, si!

CON. Que temes entonces, ¿por qué tu labio vacila?... Ten más confianza en mí.

BLA. Mis dudas y vacilaciones son, Ricardo, por-

que no quiero destruir tu dicha, desvanecer tus esperanzas y matar tus ilusiones.

CON. ¿Qué dices?

BLA. ¡Oh, sí! lo que es verdad!... ¡yo no puedo pertenecerte!

CON. ¡Qué no puedes pertenecerme!...

BLA. ¡No!

CON. Blanca, tu no meditas tus palabras: no sabes lo que ellas significan para el porvenir de mi felicidad. ¿Sabes bien que la mujer desde el momento que jura amor á un hombre no es libre?... ¿Quieres tu serlo, dentro del nuevo estado que has elejido? Esto no es posible, Blanca.

BLA. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡No me comprendes!

CON. ¡Acaba de una vez! Tus palabras encierran un misterio que mi mente no acierta á comprender; dime que idea te impulsó á ser mía, si es que pensabas no pertenecerme.

BLA. ¡Es que tú no sabes que estoy deshonrada! ¡que no puedo pertenecerte sin manchar tu nombre, que he sido un infame al unirme á tí!... Mátame... ¡pero no me pidas jamás que sea tuya!

CON. ¡Ah! .. ¡quiero la esplicación de tus palabras! quiero saber qué misterio encierran y ¡ay de tí!

BLA. ¡Mátame, sí! He dicho que la muerte será dulce para mi, si me priva de las horribles torturas que vengo sufriendo.

CON. ¡Ah, no! ¡esto es un sueño, un desvarío de tu mente!... ¡Es imposible sea una terrible verdad lo que dices! ¿Cómo y cuándo has podido deshonrar tu nombre, para deshonrar el mío?

BLA. ¡Escúchame!... Yo era pura como un ángel. Una noche, me hallaba en la casa de mi padre en Báden, la tormenta rugía como ahora, un hombre saltó en mi habitación, me desmayé... ¡y fuí suya...

CON. ¡Mientes, miserable! ¡Esa fábula ó cuento mal urdido, no disculparán tu hivindad ni tu deshonra!... Vas á morir. ¡Ah!... ¡La sombra! *(Al levantar para herirla aparece* JACOBO *en el foro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón con puerta al foro. A la derecha primer término una puerta y otra de secreta en segundo. A la izquierda, primer término puerta, otra secreta en segundo y ventana en tercero.

—

ESCENA PRIMERA

CONDE, DICH

CON. ¡Hola!

DICH. Señor.

CON. ¿Has cumplido mis órdenes?

DICH. Todas.

CON. ¿El doctor?

DICH. Está en la cámara vecina esperando le recibais.

CON. Y en cuanto al otro encargo, ¿qué tienes que decirme?

DICH. Que el marqués, el padre de la señora condesa, hace poco ha llegado á su castillo y ha dado orden para presentarse aquí esta noche. Viene con el señor Baron de Lanmer.

CON. Está bien. Haz entrar al doctor y no te alejes.

DICH. Así lo haré.

CON. Veamos si puedo servirme de ese hombre.

ESCENA II

CONDE, DOCTOR

CON. Habreis extrañado que os mandase venir; pero tengo algún enfermo en el castillo, y he

querido, doctor, que fuéseis vos y no otro el que me sirviera en la presente ocasión.

Doc. ¡Oh, mil gracias!

Con. Escuchadme con atención. Necesito como os he dicho, de vuestros servicios y seré breve al manifestaros lo que de vos espero, puesto que me consta sois sabedor del secreto que la Condesa mi esposa, ocultó mientras pudo.

Doc. Yo... nada sé... quiero decir... nada sabía, pues si bien es cierto que...

Con. Vos sabiais que la condesa se hallaba en estado no conveniente cuando me entregó su mano.

Doc. Pero si yo...

Con. ¿Lo sabíais, sí ó no?

Doc. Si os empeñais en ello... diré que lo sabía.

Con. ¿Y sabiéndolo fuisteis tan infame que os hicisteis cómplice de mi deshonra?...

Doc. ¡Oh, no! Yo creí que al casaros reparábais una falta; pues nadie en el país ignoraba vuestras relaciones con doña Blanca.

Con. Excusas vuestras... Pero no temais, no os culparé por ello, si secundais mis proyectos.

Doc. Estoy dispuesto á obedecer cuanto me mandeis.

Con. Entonces creo que llegaremos á entendernos. Necesito un veneno.

Doc. ¡Un veneno!

Con. Necesito que la condesa muera esta noche; y que para todos su muerte haya sido producida por un incidente casual.

Doc. ¡Pero esto es un crimen!

Con. ¡Eso nada me importa! Necesito lo que os he dicho, ó elegid entre dos proposiciones.

Doc. ¿Y si yo me resistiera?

Con. O haceros rico y poderoso, ó ser muerto esta misma noche en el castillo. Mi decisión es irrevocable: elegid.

Doc. *(Aparte.)* ¿Qué hacer? Dios mío, ¿qué hacer? ¡Ah! ¡qué ideal Sí, probemos.

Con. ¿Qué decides?

Doc. ¡Haré cuanto querais!... todo, menos morir.

Con. Me alegro que hayais comprendido la razón.

Doc. Pero para serviros, necesito regresar á mi casa para preparar lo que pedís.

CON. ¡A vuestra casa!... ¡Ah, comprendo vuestra intención! quereis salir del castillo, para burlar después mi confianza y escapar de mis manos, dueño de mi secreto y de mis intenciones! Pero no os valdrá vuestra estratagema: no saldreis de aquí hasta que hayais terminado la misión para la cual os hice llamar.

DOC. ¡Pero no comprendeis es imposible secundar vuestros deseos de otro modo!

CON. Para todo hay remedio. Escribid pidiendo lo que necesitais y un criado mío se encargará de traerlo.

DOC. ¿Y si me negase?

CON. O vos, ó ella.

DOC. Sea, y caiga sobre vuestra conciencia tan enorme crimen.

CON. Así sea. ¡Hola!

DICH. ¡Señor!

CON. Vas á ir á la aldea por un encargo del doctor. Cuidado con hablar palabra, y vuelves como el rayo. Después... ya sabes mis órdenes.

DICH. No se me olvidan.

CON. ¿Estais ya?

DOC. Aquí está.

CON. Toma; ya sabes...

DICH. Está bien.

CON. Vos entrad aquí hasta que os llame.

DOC. *(Aparte.)* Aun á costa de mi vida he de salvar á esa infeliz mujer.

CON. ¡Ah! por fin llegó el día de mi venganza! Dentro de pocas horas todo lo que hace cinco meses estoy anhelando!... cinco meses, que espero, día por día, que venga ese caduco Marqués, para arrojarle al rostro su vil infamia. Y la vil perjura, la infame meretriz, probará hasta donde puede llegar el odio del hombre cuyo corazón destrozó entre sus manos.

MORL. *(Saliendo.)* El señor barón de Lanmer desea veros.

CON. Que pase.

ESCENA III

CONDE *y* BARÓN

BAR. He querido venir á verte, querido conde, y me he adelantado á tu suegro, para ser el primero en felicitarte, pues como al dejarte, en la noche de tu boda, encontramos en el castillo del marqués una orden urgente del gran Duque que nos llamaba á su lado, nos pusimos en camino sin poder despedirnos de tí y de tu bella esposa: y no creas, que hoy no más vengo á saludarte pues tengo que regresar enseguida á Baden, donde el duque me espera impaciente.

CON. ¿Cómo, te irás sin honrar antes mi mesa?

BAR. No puede ser, querido conde. He recibido orden de acompañar al viejo marqués hasta su castillo y volver enseguida á Baden. Ya comprendes que sin esta orden terminante, sería un placer para mí pasar unos cuantos días aquí, disfrutando de tu inapreciable compañía. Pero supongo que esta no te ha de ser necesaria, estando todavía en tu luna de miel. ¡Tu eres feliz! Tienes una mujer encantadora, pura, honrada y bella. Comprendo bien, por lo que yo haría en tu caso, desees disfrutar de tal dicha en una soledad completa. Querido conde, á la verdad me das envidia; pero á pesar de todo, no desconfío de verte pasados unos cuantos meses en Baden-junto al gran Duque, acompañado de tu esposa.

CON. No en mis días.

BAR. No sé que encuentro en tí, que, á la verdad, me sorprende. Tu rostro está pálido; tu mirada es dura y sombría; tu exterior demuestra más el sufrimiento que la alegría, cuando esta última debía ser la que reflejase tu semblante, después de haber pasado todo ese tiempo en los brazos de tu bella esposa.

CON. Son aprensiones tuyas, mi estimado Lanmer. Es cierto que mi semblante demuestra cierto sufrimiento; pero no por las causas que tu

juzgas, sinò por lo mucho que me dan que hacer los vagabundos y malhechores que pululan al rededor del castillo.

BAR. ¿Pero es cierto esto?

CON. No creo dudes de mis palabras; pero si no te bastan mis explicaciones, no tengo otras que darte.

BAR. Creía al venir á este castillo, encontrar en él al compañero y amigo de otro tiempo; pero estás tan huraño y te muestras tan agresivo, que por no cuestionar contigo y romper nuestra amistad, me marcho ahora mismo. No pondré los pies en este castillo hasta que te hayas vuelto más tratable.

CON. ¡Gracias al diablo!

DICH. Señor conde, aquí está lo que me han entregado en casa del doctor.

CON. Dáme. ¿Quién se acerca?

DICH. El marqués, que acaba de llegar.

CON. Retírate y que nadie venga á interrumpirnos.

ESCENA IV

CONDE *y* MARQUÉS

MAR. Mucho he extrañado tu silencio, querido conde, durante tan largo tiempo, y por esto hoy, tan pronto he llegado, terminada la misión que me había encargado el gran Duque, apesar de lo escabroso del camino, he venido para saber las causas del retraimiento que habeis observado.

CON. Ese retraimiento, si ha existido, podreis comprender que una causa muy justa, debió motivarlo. Cerraré la puerta para hablar sin testigos, y sin que nadie pueda oir nuestras palabras.

MAR. Muy grave debe ser lo que tendreis que decirme; y á juzgar por vuestro rostro, casi pudiera asegurar que es una mala nueva.

CON. Vos mismo juzgareis al escucharme. Hace cinco meses que me consideraba el mortal más feliz y afortunado que pudiera existir sobre la tierra. Joven, noble é independiente, soñé en una ardiente dicha, en una felicidad

sin límites, el día en que por primera vez ví á vuestra hija. Yo no hubiera cambiado la ventura á que aspiraba en aquel entonces, por toda la gloria, toda la felicidad, goces y placeres que el mundo pudiera ofrecerme, á cambio de una sola mirada, de la mujer que tan ardientemente deseaba poseer. ¡Locura!.. desvarío!.. ¡vanos ensueños de un alma joven y ardiente que juzgaba la de los demás por la suya propia! Si yo hubiese podido saber que el amor de vuestra hija era una farsa; que la máscara de su virtud había de ser tan deleznable como su virtud misma; si mis ojos hubieran podido comprender ó adivinar que tras un aspecto de candor é inocencia, se ocultaba la más repugnante asquerosidad de la impudicia y el vicio!... antes la muerte mil veces, que dar mi nombre á la mujer que le había de arrastrar por el lodo.

MAR. ¡Quiero una explicación... pronta.... terminante... vil calumniador, de esas palabras que tu labio ha proferido! Quiero saber si vuestra razon sufre extravío ó si soy yo el que está demente y loco. Yo no puedo concebir que el hombre á quien he entregado un angel de virtud y de belleza, pueda proferir palabras que ennegrezcan su honra, que es la mía.

CON. Yo quiero suponer y aun admitir, que nada supiéseis del estado de vuestra hija. Pero lo que no es concebible en vos, siendo padre, es que no supiérais que vuestra hija amaba á otro hombre, y le ha pertenecido antes que á mí.

MAR. ¡Mientes, miserable! Si alguna mira interesada y bastarda te ha guiado á insultarme, tu sangre toda no será bastante para emplearla en lavar el mortal insulto que me has dirigido.

CON. El derramar vuestra sangre no lavará mi honra, ni esclarecerá la vuestra; puesto que lo sucedido es ya un hecho consumado é irremediable. ¡Vuestra hija Blanca... es madre!... ¿Comprendeis lo que esto significa?

MAR. ¡Oh!... ¡No, no puede ser!... tu desvarías!...

me engañas!... una alucinación de tu mente debe ser origen de todo!... No huyas de aquí, ladrón de mi honra! quiero matarte, beber tu sangre, aun cuando no sea tan pura cual lo es la mía!

CON. ¡No huyo, no! Iba en busca de vuestra hija; para que podais convenceros por vos mismo.

MAR. ¡Pero eso no puede ser!... vos debeis estar loco, demente!... mi hija no puede haber faltado á lo que se debe. Que venga... sí, quiero verla.

CON. Voy á complaceros, pues considero curiosa la entrevista del padre y la hija, y no quiero privarme del placer de veros á los dos confundidos. Quiero ver como la inocente y virginal paloma, llora y disculpa su falta en los brazos de su necio padre.

MAR. ¡Oh! basta de insultos!... no abuseis más de mi paciencia!... no hagais que me olvide que estoy en vuestra casa! ¿Dónde está mi hija?... Quiero verla.

CON. ¡Salid, señora! Aquí teneis á vuestro padre, que viene á cerciorarse por sí mismo de vuestro estado.

ESCENA V

CONDE, MARQUÉS *y* BLANCA

BLA. ¡Padre!... ¡Padre mío!

MAR. ¡Hija de mi alma!

CON. ¡Ja, ja, ja! El padre es digno de tal hija! ja, ja, ja! Bien á fe mía!... el viejo se enternece y se hace tan honrado como su hija!

MAR. ¿Qué decís?

CON. Si os figurais que os la he presentado para presenciar una tierna escena, digna de la época del romanticismo, por Dios vivo, que no valía la pena de que me molestaseis viniendo á mi castillo. Pero por suerte todo va á terminar muy pronto. ¡Ola!

MAR. ¿Qué vais á hacer?

CON. Voy á mandar que os arrojen del castillo por desleal é infame. Y ya que os haceis cómplice en la deshonra de vuestra hija, no quiero

yo ser tan infame cual vos! Esa mujer es indigna de vuestro nombre y el mío!

MAR. Infeliz, ¿qué has hecho?

BLA. ¡Soy inocente, padre mío!

CON. ¡Inocente! ja, ja! Yo haré pública vuestra deshonra: voy á reunir á todos los criados del castillo para decirles que esa mujer ha venido impura á mis brazos, y que como á ramera infame, la sepulten para siempre en uno de los calabozos del castillo.

BLA. ¡Perdón... perdón!

MAR. ¡Oh! eso no lo hareis... tendreis compasión de su juventud y de mis canas... Tomad mi vida... derramad mi sangre toda si ella sirve para satisfacer vuestra venganza; ¡perdón para ella! perdón!...

BLA. ¡Por mi pobre padre!...

CON. Alzaos de ahí, que yo mismo seré quien os conduzca al lugar que habeis de habitar.

MAR. ¡No te la llevarás, no!...

CON. Apartad, si no quereis que haga uso de la violencia para hacerme obedecer. Esta mujer no os pertenece.

MAR. ¡Mátanos á los dos!... hombre cruel; pero no conseguirás apartarme de mi hija!...

CON. ¡Ola! Aquí todos. ¡Viejo testarudo!... abridme paso.

MAR. ¡Miserable! ¡Ah! me ahogo. *(Vá á sacar la espada y cae herido por un ataque.)*

BLA. ¡Padre! ¡Padre mío!

CON. Llevadle á su castillo.

BLA. ¡Ah! ¡no!... apartad!

CON. ¡Silencio, señora! ó temed mi furia.

BLA. ¡Ah! no puedo más! me muero!

CON. ¡Oh! tal vez llegue el codiciado momento!... Terminemos de una vez! *(Al cuarto del doctor.)* Salid.

ESCENA VI

CONDE *y* DOCTOR

CON. La condesa necesita vuestros auxilios. Ya lo sabeis: ó vos ó ella.

DOC. Sois vos quien lo quereis. Ante Dios y ante los hombres, vos respondereis.

CON. Nada os importa eso, cuidaos de cumplir fielmente vuestro cometido, y dejad el porvenir en manos de quien está. Aquí teneis la caja que habeis pedido y que un criado ha traído de vuestra casa: preparad, pues, la pócima que haya de administrarse á la condesa y disponeos á hacerla vos mismo en mi presencia.

DOC. Veo que no hay más remedio que obedeceros.

CON. Advertid que el veneno ha de ser rápido en sus efectos, pues me conviene que ante la vista de todos, la muerte de la condesa sea atribuída á lo delicado de su estado

DOC. Pocas gotas del líquido que contiene este frasco, satisfarán vuestros terribles deseos.

CON. ¿Y que es lo que contiene?

DOC. Un veneno, el más activo que se conoce.

CON. ¿De seguros efectos?

DOC. Tan rápidos, que mata como el rayo.

CON. Pasad, pues. Dich, sígueme y no olvides mi encargo.

DICH. Perded cuidado.

ESCENA VII

JACOBO, *luego* DOCTOR *y* DICH

JAC. ¡Nadie!... Todo desierto! He visto que se llevaban al padre de la infeliz condesa, casi moribundo! El doctor que ha entrado en el castillo á la caída de la tarde, no ha salido todavía!-¿Qué habrá pasado? Oh! por saberlo daría la mitad de mi existencia. Desde hace pocos momentos circulan rumores vagos por el castillo; se escuchan en las silenciosas galerías los precipitados pasos de los criados que van y vienen de un lado para otro. Todos hablan en voz baja y misteriosa! ¿Peligrará la vida de la condesa? El conde es un miserable; pero muy fanático por su honra y muy vengativo y cruel cuando la cree mancillada. Los acontecimientos caminan á su desenlace con una velocidad que me da espanto. Se oyen voces en el cuarto de la condesa! ¿Qué oigo? Qué ha dado á luz un niño! Que la con-

desa ha muerto! ¡Mentira! ¡Ah! todo lo comprendo!... El conde!... maldición sobre tí!... ¡Ah!...

CON. *(Dentro.)* A pesar de que la condesa ha muerto, siempre os agradeceré los servicios que en esta ocasión me habeis prestado. ¡Adiós, doctor! Este criado os conducirá hasta las afueras del castillo!

DOC. ¿Por dónde me conducís?

DICH. Hallándose cerradas todas las puertas á estas altas horas de la noche, saldreis por un camino secreto, que os conducirá en breve á vuestra morada. Por aquí. Pasad. *(Abre una puerta. Un rayo ilumina un precipicio y el* DOCTOR *retrocede.)*

DOC. ¡Un precipicio!

DICH. ¡Maldito rayo! Pasad os digo.

DOC. ¡Ah, no!... nunca! Quereis asesinarme!... Socorro!

DICH. ¡Calla, ó te parto el corazón en dos pedazos!

DOC. ¡Callaré, sí!... callaré.

DICH. Terminemos de una vez! ¿Queréis pasar? ¿sí ó no?

DOC. ¡No!

DICH. Pues que el infierno te abra sus puertas.

JAC. Primero á tí, miserable!

DOC. ¡Ah! ¡cómo! ¿vos Jacobo?

JAC. ¡Sí, yo!... yo que os salvaré del peligro que os rodea, si contestais á mis preguntas. ¿A qué habeis venido al castillo?

DOC. El conde me mandó buscar para envenenar á la condesa.

JAC. ¡Miserable!... ¿y habeis consentido?

DOC. El así lo cree!

JAC. Pero la condesa ha muerto?

DOC. ¡No! La he dado sólo un narcótico, del que volverá en sí á las cuarenta y ocho horas.

JAC. ¡Ah! Doctor, disponed de mi vida! ¡Silencio! El conde se dirije aquí.

DOC. Estamos perdidos!

JAC. No temais! entrad.

ESCENA VIII

CONDE *y* JACOBO

CON. ¡Jamás creí fuera tán bella! Desdichado de mí! ¡Lloro! ¡Sí!... ahora que la he perdido, comprendo cuan inmenso era mi amor!

JAC. Llorad y gemid, miserable.

CON. ¡Qué! ¡Qué veo! El fantasma.

JAC. Te engañas. Mírame.

CON. ¡Ah!... ¿Tú?... ¡Hora es ya de que pueda ver-te! te tengo en mi poder! he de hacer que los buitres hagan pasto de tu cuerpo!

JAC. ¡Te engañas, miserable! Sí... miserable!... este es tu nombre y así te llamaré por todas partes!... porque lo eres!... lo eres!... Desde que mandaste asesinar á mi pobre Magdalena, desde que la condesa ha muerto, y el doctor vuestro cómplice ha sido arrojado á la sima del castillo.

CON. No sé lo qué dices, ni de qué me hablas. Creo, sí, que tu razon vacila y que debes estar loco, cuando á mí... á tu amo y señor, vienes á insultar de esa manera.

JAC. Tal vez, sí, mi razon vacile y me halle loco; tal vez crea haber soñado lo que he visto. Dignaos asomar á esa ventana y vereis el cadáver del doctor, allá en el lecho del torrente.

CON. ¡Oh, qué dices!

JAC. Inútil es que os hagais el ignorante de aquello, que vos mismo habeis mandado.

CON. ¡Mientes, miserable! yo no he mandado asesinar á nadie, y vas á darme cuenta ahora mismo del por qué de tus palabras.

JAC. Vos sois el que dareis pronto cuenta de vuestros actos. No pongais impedimento á mi marcha, ni os presenteis tampoco ante mi paso; porque de hoy más, soy el predestinado para impedir vuestros crímenes, y recordaros que si la justicia humana no os castiga, el tribunal de Dios os espera en el plazo señalado.

CON. ¡Ah! no, no te irás!... Ya que el infierno te

ha arrojado á mi paso y te ha hecho sabedor de lo que para todos debe ser un misterio, no vas á salir vivo del castillo. ¡Hola!

JAC. Sí; llama, llama á tus sicarios. Los puñales de tus asesinos no llegan hasta mí. *(Salen los criados.)*

CON. Lo veremos. Prended á ese miserable.

TODOS. ¡El cazador!

JAC. Obedeced á vuestro digno señor! Al vil! al miserable asesino de mujeres, al cobarde conde Danglars. *(Desaparece puerta secreta.)*

CON. ¡Ah! muera! ¡Ah! maldición!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín con tapias en el foro. A la izquierda, fachada con puerta. A la derecha, último término, verja con puerta. Cerca de la verja, un árbol.

—

ESCENA PRIMERA

El ROJO, *luego* JACOBO *y después el* DOCTOR

ROJO. *(Al levantarse el telón, después de una pequeña pausa, se ve saltar por la tapia al* ROJO, *que con muchas precauciones inspecciona toda la escena, acercándose á mirar por la puerta, por la que figura que ve á la persona que busca.)* ¡Ah! sí, allí la veo! No se ha engañado el conde! Vamos á avisarle; alguien se dirige aquí... El cazador! Que no me vea. *(Vase.)*

JAC. ¡Nadie! ¡Es extraño! Juraría!... *(Mirando á todas partes.)*

DOC. Hola, mi buen amigo. ¿Qué haceis tan solo por aquí?

JAC. ¡Ah! ¿Sois vos, querido doctor?

DOC. ¿Estabais al acecho?

JAC. Es que me ha parecido oir ruído en el jardín y hasta aseguraría que he visto la sombra de un hombre!... He salido para cerciorarme, y... nadie.

DOC. ¿Y qué interés pueden tener en espiar esta casa?

JAC. ¿Olvidais qué tenemos aquí á la condesa y que

ese infame conde nos sigue á todas partes y no nos deja un momento de reposo?

Doc. Tenaz es en sus empeños!

Jac. Le conozco bien! No cederá hasta que logre apoderarse de esa infeliz mujer! Pero ¡desgraciado de él si vuelvo á encontrarlo delante de mí! Tres veces le he tenido en mi poder y le he dejado escapar; pero como intente otra vez robarnos la condesa y caiga en mis manos, yo os juro que no cometerá ningún crimen más en la tierra.

Doc. Pero ¿á qué ese afán de apoderarse de esa infeliz mujer que tanto ha sufrido? ¿Qué es lo que desea de ella ese hombre?

Jac. Vengarse cruelmente separándola de su hijo, y poder martirizarla día por día y hora por hora.

Doc. Ahora que hablais de Eduardo, decidme: ¿estais resuelto á que se presente á reclamar sus derechos como legítimo heredero del duque Bertriam?

Jac. Sin perder un momento!

Doc. ¿Y no temeis que el conde Danglars ponga impedimento, y reclame contra la validez del matrimonio de la que fué su esposa, con el duque Bertriam?

Jac. No temais: no lo hará! Como sabeis muy bien, hace doce años que se hizo pasar por muerto en un desafío que tuvo en el extrantranjero, para que nosotros viviésemos con más confianza y él pudiese dar así mejor el golpe que meditaba contra la condesa. Y como todo el mundo cree que el conde Danglars no existe, si ahora se presentase con su verdadero nombre á reclamar, se vería claramente que todo había sido una farsa urdida por él mismo. Y si esto no bastase para detenerle, le detendría el temor de que yo presentase las pruebas, que sabe obran en mi poder, de que él fué quien hizo asesinar al duque Bertriam, padre de Eduardo. Por lo tanto, me entregareis todos los papeles que prueban el matrimonio de la condesa y Bertriam y el reconocimiento de su hijo.

Doc. Esta misma noche los tendreis. Voy á llegar-

me donde todo lo tengo depositado y antes de media hora estoy de vuelta.

JAC. Os acompañaré un rato, y al mismo tiempo veré si se há introducido alguien por aquí. *(Vanse.)*

ESCENA II

El ROJO *y el* CONDE

ROJO. *(Sale el* ROJO *por la tapia y cuando está convencido que no hay nadie en escena, vuelve á subir y llama al* CONDE *que sube enseguida.)* Podeis subir, señor. *(Pausa.)*

CON. ¿Estás seguro de que la tienen aquí?

ROJO. La he visto yo mismo.

CON. ¡Ah! Veremos si esta vez, se escapa también de entre mis manos!

ROJO. Lo que no comprendo, señor—y perdonad mi franqueza—es ese constante empeño en apoderaros de esa mujer! Diez años hace que os sirvo y durante este tiempo siempre hemos corrido detrás de ella y ese maldito hombre, á quien llamais el cazador, y que parece que nos huele desde una legua, pues siempre, cuando ya estamos á punto de realizar nuestro anhelo, ¡paf! se nos presenta delante. Que nos vengásemos de ese hombre que se ha burlado tanto de nosotros, lo comprendo; pero exponer nuestro pellejo para apoderarnos de una mujer?... Y si fuese joven, menos mal!... pero esa, lo menos tiene cuarenta años!...

CON. Pues por ella... por tenerla en mi poder un sólo día, daría yo todo lo que me resta de vida.

ROJO. Pues lo que es yo no daría ni...

CON. ¡Insensato! ¿Qué sabes tú de los placeres y tormentos de la vida?... ¿Qué sabes tú lo que esa mujer representa para mí en el mundo? Esa mujer que ahora contemplas pálida y enferma fué mi ilusión, mi vida, mi felicidad y mi tormento! Esa mujer que una sola vez estreché entre mis amantes brazos, y por quien hubiera dado mi alma, me engañó miserable-

mente, pues llevaba en su seno el fruto de otro amor infame cuando se casó conmigo! Al descubrirlo, ciego de rabia y desesperación, mandé darle muerte!... Sí, la mandé envenenar, por haber ella envenenado toda mi vida! Hice sepultarla en el panteón de mis mayores, aun cuando era indigna de ello, y guardé en mi poder el fruto de su deshonra para vengar en él todos mis sufrimientos! Un día... ¡ah, miserables! bajé al sepulcro para contemplar por última vez la imagen de aquella mujer que destrozó mi corazón y á quien no podía borrar de mi mente! y juzga de mi terror y sorpresa al encontrar la tumba vacía!... Entonces comprendí que había sido engañado villanamente y que en vez de un veneno le habían dado un narcótico, y que al volver en sí se la habían llevado para ocultarla á mis ojos! Al comprender esto, corrí al lugar donde estaba el niño; pero ya era tarde, pues también se habían apoderado de él! Loco de ira, juré tomar una venganza atroz de todos los infames que me habían burlado, y al descubrir sus huellas los seguí por todas partes, buscando el momento oportuno de satisfacer mi único anhelo; pero todos mis planes se veían deshechos por la astucia de ese cazador maldito, á quien parece que el infierno protege. Al fin, desesperado, viendo que nunca podía cogerles desprevenidos, para inspirarles confianza hice correr la voz de que yo había muerto en un desafío. ¡Jamás lo hiciera! Los infames, apoyados en tal creencia, hicieron pasar por viuda la condesa, que entonces se casó con el que la había deshonrado, para legitimar su hijo; y mi esposa!... la que yo aun tanto amaba!... se entregó á otro hombre! al mismo que amargó mi vida! al ladrón de mi honra!... Y ella! ella!... la impura!... la adúltera!... se arrojaba en sus brazos!... Ira de Dios!... Y tu me preguntas porque yo...? Si la única felicidad que ya espero en el mundo, es poder apoderarme de ella!... tenerla aquí!... estrecharla entre mis brazos!... y con mis manos ir ahogándola

poco á poco, para contemplar su rostro hasta el último momento, y para que su última mirada sea para mí!... para mí solo!... pues no habrá poder humano que logre arrancarla de mis brazos!

ROJO. Luego aquel hombre que me mandasteis asesinar...?

CON. Era el infame! el que me robó mi vida! Murió, como debe morir ese maldito cazador!

ROJO. A ese dejadle por mi cuenta, pues hace tiempo se la tengo jurada.

CON. ¿Dónde dices que está esa mujer?

ROJO. En la habitación que viene frente la puerta.

CON. ¿Hay alguien en la casa?

ROJO. Creo que no, pues he visto salir al cazador y otro hombre.

CON. Pues adentro.

EDU. *(Dentro.)* ¡Jacobo!

CON. ¡El hijo! No decías? ..

ROJO. Yo, señor!...

CON. Si nos ven...

ROJO. ¡No temais! Venid por aquí, á la casilla del guarda, que es nuestro. *(Vanse.)*

ESCENA III

EDUARDO *y luego* JACOBO

EDU. ¡Jacobo! Tampoco aquí! Oh! Es necesario que me diga!... Sí, yo quiero aclarar de una vez ese misterio. Pero en donde estará? Ah! por allí viene. ¡Jacobo!

JAC. ¿Qué hay?

EDU. Os esperaba.

JAC. Acaso vuestra madre?...

EDU. De ella se trata: pero no os inquieteis, pues está durmiendo.

JAC. Entonces...?

EDU. ¡Jacobo! Creo que ya debe ser hora de que descorrais el velo del misterio de mi vida. ¿Quién soy yo? ¿Qué nombre es el mío?

JAC. La condesa, vuestra madre...

EDU. Sí, ella es mi madre; pero quién fué mi padre? Hace poco, velando á mi madre oí que

decía en sueños: «No, no; imposible!... yo soy la esposa del conde Danglars! de ese hombre que quiere matar á mi hijo porque no es de su sangre!...

JAC. (¡Ah!)

EDU. ¿Qué quiere decir esto Jacobo? Este sueño es verdad, ó es que mi madre deliraba?

JAC. No deliraba, Eduardo.

EDU. Entonces es verdad?

JAC. Sí.

EDU. El conde Danglars es mi padre?

JAC. No.

EDU. Era el esposo de mi madre y yo no soy su hijo?... ¡Ah, comprendo! El conde casó con ella siendo viuda y con un hijo?

JAC. No.

EDU. ¿Qué no?

JAC. No es eso.

EDU. Pues ¿qué misterio es este? Hablad de una vez, si no quereis que me vuelva loco.

JAC. Al casarse vuestra madre con el conde, era soltera todavía.

EDU. ¡Soltera! y me tuvo á mí!... á mí!... Mi madre!... Ah! no, imposible! Esa mujer no fué mi madre... y si lo fuese, yo mismo derramaría mi sangre por no tener en mis venas una sola gota de la suya!

JAC. ¡Insensato! ¿Qué habeis dicho?... Y eres tú!... tú, quien la acusa? El único que debería revenerarla!... Tu madre!... ¿culpable ella?... Y es su hijo quien lo dice!

EDU. Pues entonces, cómo?...

JAC. Calla y escucha! Hace veinte años había en la corte del gran duque, un apuesto doncel, noble, decidido y valiente; y sin duda á esto y á lo impetuoso de su carácter, debió toda su desgracia. Un día, al volver á su casa encontró al pie de la puerta de la calle, á su padre muerto, cosido á puñaladas. Delante del cadaver juró con la mano puesta en un crucifijo, dar muerte por su propia mano al asesino, aun cuando para ello tuviera que perder su vida, su honra y su alma. ¡Dios quiso que se cumpliera juramento tan temerario! Al cabo de poco tiempo recibió la noticia de que

el asesino de su padre se hallaba preso. Bertriam, que este era el nombre del hijo, sintió una satánica alegría, y empezó en su mente á buscar el modo de cumplir el juramento prestado ante el cadaver de su padre. La justicia terminó en pocos días los procedimientos del sumario, y él, que seguía con vehemente anhelo las peripecias del proceso, sintió una rabia sorda, al ver que la justicia sería la encargada de castigar á aquel hombre. Una constante idea, un insensato deseo torturaba su alma y le hacía desgraciado, pues no encontraba el medio de poder realizar por su mano, lo que había jurado. Buscó todos los recursos, intentó comprar á los carceleros para penetrar en su calabozo!... Todo inútil! Un día, por fin, loco, desesperado, fué á encontrar al ejecutor de la justicia! Sí, al verdugo!... Y éste, en obsequio suyo y á una cantidad crecida, le propuso llevarlo de ayudante, y que en el instante fatal fingiría haber recibido un golpe que le imposibilitaba de hacer uso del brazo derecho, y así no habría más remedio que encargarse de cumplir él con la ley. Y él... el que en sus venas llevaba sangre de cien nobles, ciego por la venganza, aceptó!

EDU. ¡Gran Dios!

JAC. Llegó al fin para él, el tan deseado día! El asesino de su padre estaba á su lado! Apoyó la cabeza en el tajo, y el encargado de darle el golpe de gracia, cumplió á conciencia con su terrible deber. Un solo golpe bastó para separar la cabeza del tronco! Ya había cumplido su juramento: pero por desgracia suya, al inclinarse se le cayó una barba que se había puesto para desfigurar su rostro, y todo el mundo reconoció en él al duque Bertriam! Su nombre corrió de boca en boca. El, lanzando una mirada de extravío, arrojó un grito, parecido al rujido de una fiera, y descendiendo de aquel fatal y público anfiteatro, lanzóse entre la multitud que le habría paso, entre gritos, silbidos, maldiciones y horribles carcajadas!

EDU. ¡Terrible cuadro! Pero ¿qué tiene que ver esta historia con mi madre?

JAC. Vais á saberlo. Desde aquel día, el desgraciado Bertriam se encontró completamente solo, pues todos sus amigos se separaron de él! Una noche, yendo por una calle desierta encontró á varios de estos que se burlaron de él, lanzándole al rostro desprecios é insultos; él tiró de la espada y atacó valientemente á todos ellos. El era diestro y se defendía bien; pero sea que hubiese recibido alguna herida, ó que influyese en su ánimo alguna otra idea, acometió de frente; tendió á uno de una estocada y rompiendo el círculo que le tenía aprisionado, huyó con la velocidad del rayo. Los otros le siguieron, y ya se consideraba perdido, cuando viendo una ventana abierta, la salvó de un salto, encontrándose en una rica estancia donde había una mujer joven y hermosa, que al verle dió un grito y cayó desmayada! El la recogió en sus brazos!... ¿Qué más debo deciros?

EDU. Esa mujer era mi madre?

JAC. Vuestra madre.

EDU. Entonces mi padre fué...?

JAC. El duque Bertriam.

EDU. ¡Ah! Soy hijo del deshonor y de la infamia!

JAC. Sois hijo de legítimo matrimonio!

EDU. ¡Cómo!

JAC. Al cabo de poco tiempo de lo que os he referido, el caballero Bertriam volvió al favor del gran duque, que le perdonó aquel deshonroso acto que cometió, por comprender que lo había hecho en un momento de desesperación y loco por la muerte de su padre á quien tanto quería. Entonces, el noble joven se propuso averiguar quien fué la mujer deshonrada por él y á la muerte del conde Danglars se casó con vuestra madre, para legitimar vuestro nacimiento y daros su nombre y su título!

EDU. ¡Oh! Las pruebas de todo esto!

JAC. Están en poder del Doctor, que tantos años ha velado junto á vos.

EDU. El Doctor! Ah! corramos á buscarle!

JAC. Esperad!... Si él debe venir!... ¡Cá! ya está lejos... Sigámosle!... no haga alguna locura.

ESCENA IV

ROJO, CONDE; *luego* JACOBO, BLANCA *y* EDUARDO

ROJO. ¡Ah! Esta vez estoy seguro, no hay ningún hombre en la casa: todos se han ido! *(Pausa. Se va y vuelve enseguida con el* CONDE.)

CON. Con que, dices...?

ROJO. Yo mismo les he visto alejarse.

CON. Entonces no perdamos tiempo! Esta es la ocasión! Tú...

ROJO. Id tranquilo, que yo quedo aquí. *(Puñal en mano.)*

CON. ¡Ah! ¡Por fin!.., *(Vase.)*

ROJO. ¡Vigilemos!... no sea que... Esta vez creo que no se escapará de nuestras manos.

BLA. *(Dentro.)* ¡Ah!

CON. *(Dentro.)* ¡Calla!

ROJO. ¡Malditas mujeres!

BLA. ¡Socorro! Jacobo!

JAC. *(Dentro.)* ¡Esos gritos! Voy!...

ROJO. ¡Ah! él. *(Se esconde.)*

JAC. *(Saliendo.)* ¡Qué veo!

ROJO. ¡Ah! por fin! *(Le hiere por la espalda.)*

JAC. ¡Maldición!

ROJO. No escaparás ahora. *(Volviendo á levantar el puñal.)*

JAC. Lo veremos. *(Cogiéndose á él.)*

ROJO. ¡Ah! Suéltame! *(Luchando caen.)*

JAC. Ya puedes rugir como una fiera, que no te librarás de mis manos!

BLA. *(A quien el* CONDE *saca en sus brazos.)* Jacobo, sálvame.

CON. ¡Eres mía!

JAC. ¡Ah! *(Queriendo levantarse.)*

ROJO. ¡No! *(Sujetándolo con sus brazos.)*

JAC. Pues toma! *(Hiriéndole.)*

ROJO. ¡Asesino!

BLA. ¡Socorro! ¡Jacobo!

JAC. *(Intentando levantarse.)* ¡Oh! no puedo!

CON. Nadie te librará de mis brazos! Eres mía!

EDU. Aun no!

CON. Su hijo!

EDU. Suelta á mi madre!

CON. ¡Nunca! Antes la vida! ¡Paso, ó hundo este cuchillo en su pecho!

EDU. ¡Ah!

DOC. ¿Qué haceis?

CON. ¡Paso! Paso, digo. ¿No? *(Levantando el puñal.)*

EDU. ¡Detente! Sal.

JAC. ¡Nunca! *(Que ha ido arrastrándose por el suelo y al llegar cerca de él dispara una pistola.)*

CON. ¡Ah! Me has muerto! *(Cae.)*

EDU. ¿Qué has hecho? *(Recibiendo á su madre en sus brazos.)*

JAC. Librar á la tierra de un mónstruo, vengar á vos y á vuestra madre y cumplir con mi deber.

FIN DEL DRAMA

3 0112 117460946

Continuació del Catálech LLIBRERÍA MILLÁ

Sant Pau, 21.
BARCELONA

COMEDIAS CATALANAS

Donas	Homes					Ptas
1	3	Las orellas de Don Pau.	*1 acte*,	*prosa.*—	J. Molgosa.	0 ‘ 50
1	7	Els tremendos.	*1* «	*vers.*	J. Asmarats	0 ‘ 25
1	3	Un joch nou.	*1* «	«	J. Portabella	0 ‘ 25
1	5	La gran rifada.	*1* «	*prosa.*	Lluis Llibre	0 ‘ 50
0	5	L‘ Exemple.	*1* «	*vers.*	A. Saltiveri	0 ‘ 50
0	1	L‘ Últim Grahó.	*1* «	«	Ll. Fontova	0 ‘ 50
0	2	Un viatje á Barcelona.	*1* «	«	S. Bonavia	0 ‘ 25
1	5	Un vagó.	*1* «	«	Campmany-Colomer	1 ‘ 00
0	6	Las mitjas de la Paula	*1* «	*prosa.*	A. Saltiveri	0 ‘ 25

Colecció Teatral — Sense damas

(*AUTORS:* LL. MILLÁ y S. BONAVÍA)

Las desgracias del Tenorio,	(*per 4 homes,*)	0 ‘ 25
Turróns y Neulas,	« 6 «	0 ‘ 25
¡Sereno... las vinticuatre!	« 5 «	0 ‘ 25
La professó de Corpus.	« 4 «	0 ‘ 25
Sogras á la graella.	« 4 «	0 ‘ 25
Las estatuas del Tenorio.	« 5 «	0 ‘ 25

Seguirán publicantse fins á 12 Comedias, de fácil representació

COMEDIAS CASTELLANAS

Noche de novios, (*diálogo en prosa.*) J. Arqués. 0 ‘ 50

Monólogos en verso. A 1 real uno

Oratoria Moderna.
Al campo, doña Nuño, voy.
Mañana me caso.
El ensayo de un drama
¡Animal!
Ayer me casé,

¿Café?

Gran surtido de Dramas, Comedias, Zarzuelas, Diálogos y Monólogos, — Teatro selecto. — Teatro infantil. — Teatro sin damas, etc.

Libreria MILLÁ

SAN PABLO, 21.—BARCELONA